

MEDELLIN, la ciudad orgullo de los “paisas”

Por Miguel Ernesto Ramos



Por haber estado durante seis días en una ciudad no se puede decir que se la conoce, pero seis días bastaron para disfrutar de la cordialidad de su gente, los paisas.

Estoy hablando de esa ciudad que hace 25 años vivía acosada por el narcotráfico y sufría cada día muchos muertos pero que experimentó en tan poco tiempo cambios que la hacen una ciudad emblema.

Llegamos a ella el lunes 12 de abril por la noche luego de recorrer Colombia en “carro”, con amigos colombianos, de sur a norte y visitar muchos y bellos pueblos “montañeros”.

El martes 13, Héctor nos dejó en el “parque de los Pies Descalzos” un lugar en el que el ruido de la ciudad que la rodea no se siente, está planificado para que así sea. Nos recibió su directora y nos explicó el sentido del lugar invitándonos a hacer el circuito. Un joven de apenas 18

años fue nuestro guía; nos hizo descalzar y caminar por terrenos de distintas texturas: grava, césped, arena y cemento dándonos con precisas reflexiones su significación hasta que, finalmente, nos llevó a una de las fuentes de agua y nos hizo automasajearnos los pies. Un momento de relax en el medio de la gran ciudad. Nos había contado que ese trabajo le permitía percibir un sueldo "normal" con el que costeaba sus estudios. Aquí la primera señal de una ciudad inclusiva, ocupación a sus jóvenes lo que les permite estudiar.

Luego ir a la plaza Botero donde las esculturas del "Maestro", como lo llaman al genial artista paisa, están al aire libre. Cuentan que Fernando Botero quiso que estuvieran en un lugar público y libre para que la población pudiera "apropiarse" de sus obras. Otro ejemplo de inclusión, el arte para todos.

Pero lo que más llama la atención es lo que los paisas llaman "la cultura Metro" y ella finca en el fabuloso entramado de trenes, buses y metrocables con que la ciudad cuenta, lo que ha sido una profunda apuesta inclusiva.

Hay que saber que Medellín es una gran "batea", pues está en el valle de Aburrá, surcada por el río Medellín y rodeada de cerros en los que las construcciones suben por sus laderas.

Y aquí es donde se expresa lo que llamaré el "orgullo paisa". La primera vez que fuimos a tomar un tren fue asombroso ver el brillo del piso de la estación y la limpieza superlativa de los coches. No hay un solo papel en el piso... Los pasajeros esperan en dos ordenadas colas a cada uno de los lados de las puertas, primero pasan los que bajan y luego los que suben.

Esas conductas cívicas son permanentemente recordadas por el sistema de comunicaciones de los trenes; así también se ven jóvenes con carteles recordando a los mayores de llevar tomados de la mano a los niños.

Llegamos hasta el final de una de las líneas y, con el mismo valor del pasaje, tomamos el metrocable que sube por la montaña, en esa línea había tres estaciones en el camino. En el trayecto un señor, con su rostro surcado de arrugas, nos iba contando con sano orgullo lo que ese medio significaba a diferencia de antes cuando subir o bajar llevaba

varias horas. En un momento dice: "y ahí tenemos el hospital". A mi izquierda un edificio nuevo e impecable. Sorprendido le pregunto: "¿para quiénes?" y me contesta: "**para todos**, si tenemos una emergencia lleva mucho tiempo bajar". Si bien las viviendas se veían sencillas también había altos edificios allá arriba en la montaña.

Otro día tomamos otro tren y no sabíamos muy bien por qué salida ir al metrocable. Una "niña" (como les dicen allá) de no más de 16 años enseguida nos indicó por dónde ir y ella misma subió a uno de los funiculares con nosotros. En ese mismo subió una "doña" (el "don" y el "doña" son de uso corriente en el lenguaje de lo cordiales colombianos) de muchos años y con evidentes dificultades para moverse; por su edad le pregunté cuántos años hacía que vivía en la montaña y que significaba tener ese medio de comunicación. Hacía más de 50 años que vivía arriba y estaba encantada con el metro cable que tiene unos cinco años. Mi sorpresa fue cuando la niña se baja y, a modo de despedida, nos dijo: "estoy orgullosa de Medellín". Algo igual me ocurrió cuando la última tarde un hombre me hablaba, yo me hacía desentendido pues iba con alguna copa de más, lo que así era pues me lo dijo, más cuando advirtió que era argentino manifestó su alegría de hablar con uno por primera vez y empezó a contarme de la "cultura metro" y del cambio que había significado para ellos y terminó expresando su orgullo por Medellín... De paso me pidió \$ 1.000 para seguir el viaje: esa suma es una moneda.

En otra oportunidad subimos en las escaleras mecánicas de la "Comuna 13", una zona que sufrió mucho y fue muy complicada. Para integrarla a la ciudad se ha construido un conjunto de seis escaleras mecánicas que van llegando a lo alto de la montaña. Al llegar al final de la cuarta escala me recibe una joven que me da la bienvenida, entonces le pregunto sobre la antigüedad del sistema, "cinco años" me contestó y "todos los que trabajamos acá somos del barrio", pero yo trabajo en esto desde el comienzo del proceso "y estoy orgullosa de eso". El sentido de orgullo y de pertenencia es palpable entre los habitantes de Medellín por eso cuidan su ciudad. Ciudad en la que no hay bocinazos históricos aun cuando haya congestión del tránsito.

Cuando visitamos el "pueblito paisa" construido en la cima del cerro Nutibara pudimos ver una muestra fotográfica sobre las transformaciones de Medellín y al lado de una gran maqueta de la

ciudad vi un cartel con una frase que me emocionó. Decía que a Medellín le quedan muchos problemas a resolver (por esos días la contaminación era muy alta), cuestiones de equidad social, de seguridad, empleo, educación, de salud, de movilidad. Pero que “han desatado procesos que no pretenden reivindicar una ciudad ideal, pero sí una que afronta sus retos y asume sus responsabilidades; sobre todo, una Medellín que será capaz de seguir edificando el futuro que merecen sus habitantes”. Y remataba: *“Esta ciudad no se construye para ganar premios; gana premios por lo que construye para sus ciudadanos”*.

Pero cómo esta ciudad ha logrado sembrar la paz y la inclusión para los suyos, era mi pregunta. Quizás se pueda explicar porque EPM (Empresas Públicas de Medellín) reinvierte sus ganancias y eso se ve en sus lugares públicos.

Pero la respuesta que más me satisfizo fue la que me dio el papá de unos de nuestros amigos cuando lo visitamos en su hermosa y acogedora casa de El Retiro, un pueblo muy bello en la montaña. Don Gustavo Escobar Isaza acababa de estrenar sus 80 años y es un entusiasta músico, profesor y terapeuta con varios libros publicados. Nos contaba que fue Director de Acción Social en la Universidad y que en solo mes debió concurrir al entierro de seis de sus alumnos y otras cosas también muy tristes.

Entonces le hice la pregunta de cómo en tan poco tiempo (pues veinte o treinta años no son nada en la historia de un pueblo) habían logrado un cambio tan profundo. Con indisimulado orgullo me dijo: “es que los paisas somos muy guerreros” queriendo significar que cuando se proponían algo lo conseguían. Y agregó: “también hemos tenido muy buenos alcaldes”.

Son mis impresiones sobre Medellín, quizás no sean la “verdad revelada” pero es lo que he logrado advertir, se han hecho y se hacen obras siguiendo políticas públicas inclusivas que han llevado a que aquellos que pudieran sentirse marginados se sientan orgullosos de pertenecer a una ciudad que los tiene en cuenta.-

Por último, quiero agradecer a nuestros amigos Héctor Zapata Restrepo y Alejandro Escobar Gilchrist la amable e insistente invitación a que los visitemos pues de otro modo no habríamos podido conocer la magnífica

Colombia y la orgullosa ciudad de los "paisas" de la que ellos también se sienten orgullosos. "Sí, claro".

Nogoyá, Entre Ríos, Argentina, abril de 2017.